

Miguel Ángel Puche Lorenzo
Departamento de Lengua Española y Lingüística General
Facultad de Letras, Universidad de Murcia
Santo Cristo, 1 30071, Murcia
mapuche@um.es

Resumen: En este trabajo pretendemos poner de relieve el estrecho vínculo existente entre Lengua y Minería. Desde la más remota antigüedad, la minería ha aportado al caudal de la lengua un amplio vocabulario que, con el tiempo, se ha incorporado al acervo lingüístico general. No obstante, a partir del siglo XVIII, principalmente, los técnicos e ingenieros serán conscientes de la existencia de una comunicación especializada que debe contar con sus vocabularios o diccionarios exclusivos, por una parte, y se manifiestan, por otra, a favor de la creación de un lenguaje técnico español propio sin depender de lenguas extranjeras. Por ello, será frecuente encontrar en informes, memorias y estudios una interesante preocupación lingüística, como introdujo Casiano de Prado, por ejemplo, que dota a la minería del patrimonio léxico histórico más amplio de todas las disciplinas científicas.

Palabras Clave: Historia de la Lengua Española, Historia del Léxico, Léxico científico, Lenguaje técnico, Minería

Abstract: In this paper, we will try to highlight the close link between language and Mining. From ancient times, mining has provided the language with a large vocabulary that, with the passing of time, has been incorporated into the general linguistic heritage. However, from the eighteenth century on, technicians and engineers will be aware of the existence of a specialized communication which not only must have their vocabularies or exclusive dictionaries, but also should be able to generate a Spanish technical language without relying on foreign languages. Therefore, it is frequently found in reports, statements and studies an interesting linguistic concern, as Casiano de Prado introduced, for example, supplying mining with a broader historical and lexical heritage from all scientific disciplines.

Key Words: Spanish language history, Lexical history, Scientific language, Technical language, Mining

1. INTRODUCCIÓN.

Al estudio del léxico perteneciente al ámbito de la minería, y desde una perspectiva histórica, nos hemos venido ocupando desde hace algunos años². La ininterrumpida

¹ Este estudio se enmarca en el proyecto *Diccionario histórico del español moderno de la ciencia y de la técnica*, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad (FFI2010-15240 y FFI 2013-41711-P), desarrollado por el grupo Neolcyt, grupo consolidado de la Generalitat de Catalunya (2014SGR-172) y que forma parte de la Red Temática «Lengua y ciencia».

² Este hecho se puede constatar si se consulta la bibliografía proporcionada por Díez de Revenga y Puche; dado que los estudios elaborados por ambos son abundantes y conocidos en el ámbito de la Historia de la Lengua, iremos citando en el desarrollo de este texto aquellos que sean de especial relevancia para los objetivos del presente trabajo.

búsqueda de fuentes, tanto manuscritas como impresas, pone de relieve que el filón que sustenta el trabajo de investigación sobre este campo es extremadamente rico, lo que nos permite, a su vez, ir ampliando constantemente nuestro horizonte. Contextualizando nuestro rico veneno, sabemos que desde la más remota Antigüedad el hombre ha obtenido numerosos beneficios de la tierra, desde su superficie hasta sus profundidades; precisamente, los segundos, pertenecientes al reino mineral, actuaron como propulsores de los avances sociales y técnicos como muestran, sin ir más lejos, las denominaciones de Edad del Hierro, Edad del Bronce,... y en la actualidad así lo conlleva la explotación de los recursos fósiles como el petróleo, carbón y gas o los elaborados grafeno o coltán. Conforme se producían avances en las diversas técnicas de extracción, limpieza y depuración de mineral, también se hacía lo propio en el acrecentamiento de nuevos elementos descubiertos, un panorama que se vuelve más rico y complejo, sobre todo a partir del siglo XVIII, periodo en el que el nacimiento e impulso de nuevas disciplinas científicas venía acompañado del descubrimiento y perfeccionamiento en la descripción tanto de nuevos minerales, como de nuevas tecnologías. Aunque suelen estar asociadas técnica y ciencia, no será hasta la Edad Moderna cuando se pueda hablar de simbiosis entre ambas, de hecho

In una visione ideale prima viene la scienza con la formulazione di principi generali e la scoperta di sempre nuovi campi nei quali cercare e sperimentare se si possa trovare qualche applicazione utile, poi viene la tecnica con le sue realizzazioni concrete che traducono in pratica un progetto scientifico mirato. Nella realtà le cose non vanno e non sono mai andate così. Nella storia dell'uomo la tecnica ha preceduto, e di gran lunga, la scienza. (Boncinelli 2006:56-57).

2. EN BUSCA DEL ORIGEN DE UNA PARTICULARIDAD LÉXICA.

Los primeros testimonios léxicos pertenecientes al campo de la minería se localizan, principalmente, en la *Historia Natural* de Plinio que dedicó los libros XXIII y XXXIV a la naturaleza de los metales y sus diversas clases, respectivamente. Aunque la utilidad que se extrae de ellos sea la medicinal o la relacionada con su aplicación a las artes y el comercio, se encuentra en sus páginas una descripción de los lugares donde se hallan así como un detallado análisis, en ocasiones crítico, del modo de extracción y de manipulación de los minerales explotados. En este contexto Plinio irá introduciendo frecuentemente algunas voces propias de la actividad o del lugar que se ocupe mediante verbos denominativos o apelativos como *vocant* o *appellatur*, que nos hacen advertir,

con mayor o menor claridad, la pervivencia de una parte de léxico prerromano a través de sus escritos.

Estos testimonios han sido estudiados con mayor o menor profundidad y se refieren a voces como *agogas*, *alutias*, *a pila scudem*, *arrugia*, *balucem*, *bulbatio*, *corrugos*, *cuniculis*, *gangadium*, *palacurnas* y *palagas*, *segutilum*, *striges*, *talutium*, *tasconio*, *ulice* y *urium*, que raras veces hallaron continuidad en evolución del latín al castellano. Consideradas, en un principio, como prelatinas, se ha podido constatar el origen helénico de algunas de ellas y la difícil filiación a una lengua concreta dada la complejidad lingüística de la Hispania prerromana. Constituyen estas voces un conjunto que reunió Plinio, según de Hoz (2003: 74) a través de

algún tratado técnico y sobre todo de la tradición oral de los prospectores y administradores de minas a los que pudo conocer en sus viajes como *procurator* de la Tarraconense, y que pueden tener orígenes diversos, ya que aunque supongamos que básicamente se refieren a la minería de Hispania el vocabulario técnico está particularmente abierto a los préstamos e innovaciones, y no sería de extrañar que en Hispania se utilizasen voces llegadas de otras zonas con una minería avanzada³.

Aunque sea difícil la tarea de adscribir estas voces a una lengua u otra anterior al latín, no se debe olvidar que mediante los verbos denominativos se incide en el hecho de que tales palabras no pertenecen al caudal general de la lengua y, por tanto, podría hacer ver Plinio que eran propias de las lenguas aborígenes, arcaísmos, voces creadas para denominar técnicas o procesos técnicos nuevos para la sociedad romana, renombramientos latinos o préstamos motivados por la implantación de modelos diferentes de explotación importados desde otros lugares del Imperio⁴.

La obra pliniana, junto con las de Vitrubio, Marcial, Virgilio o Lucrecio, constituyeron fuentes inmediatas de las que bebió el primer autor hispano que abordó estas cuestiones. Nos referimos a San Isidoro que asumió tal empresa en el libro XVI de las *Etimologías*. Obra esta que estuvo vigente durante toda la Edad Media, como se advierte a partir del hecho de que fuera citado como autoridad por Bartolomé Ánglico en *De proprietatibus rerum*, pues ejerció sobre él una importante influencia como

³ De Hoz realiza un estudio detallado acerca del origen y la etimología de estas voces. De ellas también se han ocupado Oroz (1996: 207-215), en el caso concreto de la obra pliniana, o Villar (2000), en el campo general de las lenguas indoeuropeas y no indoeuropeas de Hispania.

⁴ En cualquier caso, lo que sí es interesante es que en aquella lejana época estaba formado un tecnolecto propio de la minería y del que se inició un intenso trasvase bidireccional entre el léxico general y el emanado de la comunicación especializada (Puche Lorenzo, 2016).

“vehículo de transmisión de la cultura antigua” (Sánchez González de Herrero, 2007:46)⁵. El libro XVI, antes referido, trata del conocimiento que durante ese periodo existía acerca de los diversos productos que proporcionaba la tierra, así como de la denominación que recibían, la mayoría de las veces explicada esta por San Isidoro a partir del origen etimológico del término en cuestión⁶.

No obstante, en el contexto de la lengua castellana, pues no podemos olvidar que las obras hasta ahora mencionadas están redactadas en latín, destaca el *Lapidario*, emanado del *scriptorium* alfonsí y enriquecido con aportaciones léxicas árabes, justificando, de ese modo, la intertextualidad y la trayectoria de incorporación de saberes de las obras científicas a partir del sello que les impregnaban las diversas culturas que las interpretaban⁷. En consecuencia, se convierte en un razonamiento justificado el hecho de establecer las necesarias correspondencias léxicas de gran parte de los minerales, piedras o metales, que se describen en virtud de sus propiedades físicas, médicas e, incluso, mágicas, entre diferentes lenguas, tanto de forma directa (la piedra aque dizen *plumbo* en latín, et plomo en *romanz*, et *arraçaz* en arauigo) como indirecta (la piedra aque dizen *yzf*, et es aque nos llamamos *iaspio*).

Este proceso desencadenó un importante fenómeno el seno de la tradición léxica hispana: la convivencia de voces de distinta procedencia, latina y árabe en este caso. Así

⁵ El caso de Bartolomé Ánglico no es el único, de hecho las referencias a las *Etimologías* de San Isidoro son frecuentes en multitud de obras medievales e incluso posteriores. Sirvan de ejemplo Rodrigo Fernández de Santaella en el *Vocabulario eclesiástico* (1499), Elio Antonio de Nebrija en *la Gramática castellana* (1492), Fray Antonio de Guevara en el *Reloj de Príncipes* (1529–1531), Juan Fernández de Heredia en el *Libro de actoridades* (1376–1396), Sebastián de Horozco en el *Libro de los proverbios glosados* (1570–1579) o Pedro Mejía en *Silva de varia lección* (1540 -1550).

⁶ A través de la lectura de este texto, observamos cómo se adoptan numerosos préstamos del griego, originados a raíz de las peculiaridades físicas o el comportamiento de esos minerales, por comparación con otras realidades existentes o bien por un proceso metafórico (*sulphur*, *alumen*, *selenites*, *argentum vivum*, etc.), el uso del sufijo griego *-ιτης* y su femenino *-ιτις* que resultará el español *-ita* (*batrachites*, *melanites* o *anthracitis*), la presencia de epónimos (*argilla*, *pulvis puteolanus*, *alabandina*, *gagates lapis* o *Sardius*) (Puche Lorenzo, 2008a).

⁷ En pocas ocasiones el redactor deja constancia de las obras utilizadas a la hora de componer el *Lapidario*, refiriéndonos al primero de los cuatro de que consta el manuscrito, concretamente el que lleva por título “Libro de las piedras según los grados de los signos del Zodiaco”, de hecho, son escasos los nombres citados, junto a Aristóteles en el inicio del prólogo aparece otro sabio, Ceherit, en “et en aquel monte fallan muchas maneras de yerbas et de arboles, de que fablo Ceherit el sabio en *El agricultura caldea*, et conto dellas muchas marauillas, celestiales y temporales. Mas por que no conuiene ala razon deste libro, no lo pusieron en el” (131). Sin embargo, algunas pistas se pueden seguir en pasajes determinados que nos permiten acercarnos al proceso de selección y crítica de aquellas. Así se comprueba en “Et porque los sabios que fablaron en el arte de la fisica, pusieron en sus libros esto muy complidamente, el que este libro compuso non se quiso y detener en ello; mas, torno a fablar en esta piedra sobredicha, et dixo assi” (63). Por el contrario, en los otros tres que constituyen el manuscrito sí aparecen citadas con frecuencia las fuentes de que proceden muchas de las descripciones que se enumeran, donde abundan tanto los nombres de los autores consultados (Platón, Mahomat Arraze, Jacob Alquindi,...), como los títulos de algunas obras (*partidas de Fatayruçetén*).

se llega a advertir en voces como *margarita*, nombre originado en el seno de la lengua griega de la que pasa al latín, y de éste al castellano como *margarita*. Se refiere a una piedra preciosa que se encuentra en las ostras, que adoptaría otro nombre latino, en este caso *perla*. Corominas y Pascual (s.v. *margarita*) afirman que en el sentido de *perla* es una voz culta con escaso uso en la actualidad. No obstante, el significado de *perla* también lo posee otra voz de origen árabe presente en el *Lapidario*. Nos referimos a *aliofar*, aljófar. Aunque en un principio podrían parecer sinónimos, su significado se ha especializado a la vista de la información que se proporciona en el *DRAE*, desde *Autoridades* a la última edición⁸, diferenciadas *perla* y *aljófár* por el tamaño y la irregularidad de su forma. Interesante, desde un punto de vista diacrónico, resulta la convivencia de *argent vivo*, *mercurio* y *azogue*. La estructura sintagmática *argent vivo* se encuentra descrita dentro del apartado referente a la *plata* del libro XVI de las *Etimologías*. Sin embargo, pronto apareció la denominación de *mercurio* debido a la adscripción que se realizaba de los metales con los planetas. En el *Lapidario*, por su parte, se encuentra citado este metal a partir de la forma *argent vivo*, sin que aparezca la denominación referida al dios romano que sirvió para asignar nombre tanto al planeta como al mineral. El término *azogue*, procedente del árabe sin ninguna duda, se empezó a utilizar en fecha temprana, aunque no hemos encontrado su uso en el *Lapidario* alfonsí. De hecho a partir del siglo XIV se encuentra con frecuencia en textos de diversa factura. También utiliza San Isidoro en el apartado dedicado al hierro el término *cerussa* como un elemento, junto al yeso y la pez líquida, capaz de evitar que se oxide. Esta voz pasó al castellano en fecha temprana y pronto apareció en equivalencia con el arabismo *albayalde*, ausente también en la obra alfonsí.

Los términos árabes mencionados hasta ahora se encuentran en retroceso frente a los de origen grecolatino. Junto a la “aversión hacia la cultura semítica por parte de la sociedad cristiana”, la desaparición del objeto designado o la sustitución por rivales de otro origen que infería Colón (1999:34) para explicar este retroceso o pérdida léxica, podríamos adjuntar otro motivo, referido al hecho de que sean términos utilizados exclusivamente en el ámbito hispánico. Esto produjo que ante los avances científicos que se sucedieron en la Edad Moderna, con la consiguiente importación léxica, se

⁸ La consulta de diccionarios se ha realizado a partir del *Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española*, salvo la 23ª edición.

reavivó el uso de voces de origen latino por traducción y especialización de los textos (Puche Lorenzo, 2008a).

3. LA EDAD MODERNA Y LA MODERNIZACIÓN Y ESTUDIO DEL LÉXICO MINERO.

La situación que vive el léxico de la minería ofrece un claro contraste entre la España peninsular y la americana. Frente a continuas renovaciones tecnológicas y búsqueda de nuevas explotaciones, traducidas en un aumento de las voces que caracterizan al tecnolecto minero con un protagonismo especial para el préstamo de las lenguas indígenas, nos encontramos un estancamiento y una producción reducida a dos establecimientos. Frente a un aumento de publicaciones que transmiten las nuevas y viejas técnicas y los productos extraídos, en la España peninsular a penas se publica nada destinado a las explotaciones que se encuentran en su suelo⁹. No obstante, en el siglo XVIII, España comenzó a despertar de su aletargamiento pero parte de esos primeros trabajos originales quedaron como textos manuscritos. A pesar de ello, no será hasta 1840 cuando los minerales hispánicos vuelvan a ser interesantes y se reanude la actividad minera buscando nuevos filones. De hecho, se puede afirmar que la minería gozó de mayor esplendor a partir de este periodo y hasta finales del siglo, momento en el que la producción bibliográfica autóctona se hace palpable y no solo es la traducción la que facilita el conocimiento de los avances de esta actividad (Chastagnaret, 2000: 50 y ss.). En el siglo XIX, la técnica procuró numerosos avances y la minería se nutrió para su crecimiento de las nuevas disciplinas científicas emergentes a partir del siglo XVIII, como la Química, la Mineralogía, la Cristalografía o la Óptica, entre otras. Es decir, estudiar esta parcela del español durante el siglo XIX conlleva una considerable complejidad, al confluir léxico patrimonial, distribuido por diversas zonas geográficas en virtud de las cuencas mineras existentes que o bien se especializa semánticamente en este contexto o bien amplía mediante los recursos de la lengua general, con el léxico técnico que se introduce con los avances en los procesos de extracción y lavado de minerales, metalúrgicos y siderúrgicos, y con el científico que procura el nacimiento de nuevas disciplinas afines a la minería.

Si nos referimos a aquellas palabras que se introducen en este tecnolecto a raíz del nacimiento y desarrollo de diversas disciplinas científicas, debemos mencionar el

⁹ Tras la traducción al castellano de la *Historia Natural* de Plinio y el apéndice de Carrillo Lasso al *Arte de los metales* de Alonso Barba, pocas obras hemos localizado.

caso concreto de la Mineralogía¹⁰, cuyo vocabulario, formulado, casi en su mayoría, en el seno de otras lenguas, alemán o francés generalmente, se crea o incorpora continuando procesos de derivación, fijados ya desde la tradición clásica¹¹, además de otros deudores de la eponimia, también usado en los primeros tratados de la antigüedad. No obstante, estas voces suelen llegar ya formadas al seno del español, lengua que debe traducirlas y/o adaptarlas y en la que padecen un periodo de alternancia gráfica, hasta que esa fijación no es definitiva a las normas fonográficas de la lengua de destino¹². Es inmenso el contingente léxico que se genera a partir de los numerosos minerales que logran describirse, lo que llevó a elaborar repertorios lexicográficos que recopilaran estas cuestiones, llegados al español a través del proceso de la traducción, como el realizado por el Conde de Buffon. Sin embargo, no debemos olvidar que existían denominaciones minerales desde la antigüedad, con carácter paneuropeo algunas, como *plomo* o *galena*, que a la luz de la creación de nomenclaturas y el avance científico comienzan a ser desplazadas. Es decir, un tecnicismo desplaza a otro por ser de uso exclusivo del español o por haberse extendido en la lengua general y perder, por tanto, el carácter especializado que deben poseer estas voces¹³.

El léxico técnico de esta disciplina, entendido en este caso como el referido a la metalurgia y la minería, es decir, la extracción y el modo de tratar lo extraído se caracteriza muchas veces por una especialización semántica, es decir, ante un mismo significante se ofrecen varios significados en virtud de que su destino sea la lengua general o la lengua especializada. Sin olvidar que una misma palabra puede poseer significados diversos en función del yacimiento o establecimiento minero que se trate. Así se advierte por ejemplo con *caldo*, nombre que en algunos puntos recibe el metal mientras se halla en estado líquido por efecto de la fusión. Esto no implica que, debido a los continuos avances experimentados, se puedan incorporar creaciones nuevas que

¹⁰ Debemos hacer notar que la Mineralogía, como disciplina científica, nace a finales del siglo XVIII, aunque la delimitación entre ella y la minería no ha sido suficientemente clara en el seno de la tradición lexicográfica española. De hecho, no será hasta el *DRAE* 1884 cuando se procede a diferenciar diatécnicamente el léxico propio de una o de otra, aunque, también es verdad, no con demasiado acierto en ocasiones.

¹¹ Este hecho se aprecia en la vitalidad que ofrece el sufijo *-ita* en este campo, tal como ya estudiamos (Puche, 2008b) junto con las advertencias en cuanto a su uso que realizaron algunos científicos como Andrés Manuel del Río.

¹² El enorme caudal léxico emanado de la traducción de obras, proceder más que notable en la primera mitad del siglo XIX y en retroceso a partir de la segunda mitad a causa del aumento de la producción escrita nacional ha sido estudiado ya en profundidad en Díez de Revenga y Puche (2011), entre otros.

¹³ De ese modo sucedió con *mercurio* y *azogue*, *azufre* y *alcrebite*, *aljófara* y *perla*, *azófar* y *latón*, o continuar con *almagre*, *almazarrón*, etc. Junto a las nuevas creaciones léxicas importadas como *zinc*, *espato*, *feldespatos*, *apatita*, *dendrita* o *clivaje*, procedentes del alemán y del francés.

designan realidades insólitas en aquel momento y provechosas para el devenir de las tareas minero-metalúrgicas. De ese modo lo hemos advertido en el caso de las lámparas utilizadas en las minas o en los diversos tipos de hornos que servían para la calcinación y función (Puche Lorenzo, 2015)¹⁴.

4. EL LÉXICO DE LA MINERÍA Y LOS DICCIONARIOS.

Como subconjunto de la lengua general, se incorporó el caudal léxico procedente de la minería a las obras lexicográficas mediante una inconstante y variable marcación diatómica a lo largo del tiempo. Aunque también surgieron repertorios exclusivos de ella, sin embargo, frente a lo que sucede en otras ciencias o técnicas, la minería no dispuso de un diccionario concebido como obra independiente hasta el siglo XIX¹⁵. No obstante, en numerosos tratados de esta disciplina se advierte que los ingenieros de minas sintieron preocupación por conocer el léxico de su disciplina, aunque no tuvieran formación lingüística ni lexicográfica. Muestra de ello son no solo los repertorios que se han conservado, sino también las anotaciones que realizaban en sus investigaciones manuscritas como sucede en el caso de Agustín de Betancourt o Lorenzo Gómez Pardo (Díez de Revenga y Puche, 2012a).

Las primeras obras peninsulares que recopilaron este tipo de voces fueron redactadas a partir de los datos extraídos de la cuenca de Almadén¹⁶. Aunque, a veces, vayan precedidas de la voz “diccionario”, el título de diccionario solamente se refiere a

¹⁴ No se puede pasar por alto el problema que se encontraron los traductores durante este periodo, puesto que se lamentaban de la carencia de obras sobre este tema en español. Será, por tanto, la labor traductora la que se articule como vehículo introductor de neologismos. Las naciones que impulsan el nacimiento de la mineralogía moderna, como nueva ciencia en estos siglos, son Alemania, Francia, seguidas de la incipiente potencia inglesa. No obstante, el idioma que más neologismos aporta y sobre el que se sustenta la mayor parte de las traducciones españolas es el francés, tanto como lengua de origen, como lengua intermediaria entre otra y el español (Díez de Revenga y Puche, 2011: 49 y ss.).

¹⁵ Las obras conservadas bajo la denominación de diccionarios o vocabularios de minería han sido estudiadas en profundidad por Díez de Revenga y Puche (2012b) y, dada la diversidad geográfica y temporal que abarcan, representan tres trayectorias léxicas y lexicográficas: por un lado, la transmisión del léxico de especialidad desde Nueva España a través de Sáenz de Escobar, el del Virreinato de Perú a través de García de Llanos que actúa como compendio panhispánico del léxico indígena de la minería y, por último, el de la Península a partir de Parés y Franqués, que no tuvo repercusión posterior, y los trabajos emanados desde la Escuela de Minas de Madrid, heredera de la correspondiente de Almadén.

¹⁶ Al ser este un análisis que debe abordar numerosas fuentes impresas y manuscritas, se van conociendo otros vocabularios que vienen a configurar con mayor exactitud lo expuesto anteriormente. Es el caso del *Diccionario de los nombres propios de varias piezas e instrumentos por si solos y compuestos formando el todo de un artefacto o maquina figurando en estampas como se usan en las labores de las minas de azogue de Almaden*, fechado en 1778, lo que lo convertiría en el primer testimonio lexicográfico de la minería peninsular porque se adelantaría al redactado por Parés y Franqués un decenio después (Puche Lorenzo, en prensa d). Con esta obra comparte la atención a la cuenca minera de Almadén, la más importante en España durante el siglo XVIII, dado que se mantuvo en activo, frente al abandono que sufrió la minería hispana, ante la necesidad del azogue en el proceso de extracción y amalgamación de la plata en América.

la agrupación de palabras, puesto que no se utiliza técnica lexicográfica alguna y solamente se indica la definición o explicación del término que actúa de entrada, por ello, como afirmó Álvarez de Miranda (1984: 155), lo único que la acerca a la técnica lexicográfica es el título y el orden alfabético, aunque aparezca este interrumpido en ocasiones.

5. CONCLUYENDO CON CASIANO DE PRADO.

Tras lo expuesto en este breve trabajo referido al léxico de la minería y su estudio en el seno de la Historia de la Lengua Española, queremos hacer notar la preocupación que por estos temas sintieron los propios científicos que abogaban, en muchos casos, por la creación de un lenguaje científico nacional. Así se manifestó Andrés Manuel del Río, por ejemplo, en la traducción de las *Tablas mineralógicas* de Karsten, pero también lo hizo de forma temprana Casiano de Prado (1863 y 1866), preocupado por la adopción de nuevas voces en las ciencias¹⁷, mostrándose crítico con algunas de ellas como hizo con la voz *mercurio*¹⁸. Ideas estas que no cayeron en saco roto dentro de las ciencias del momento y, de hecho, las propuestas de de Prado fueron copiadas, casi literalmente, por Ramón Oriol en 1893 durante su intervención en el Congreso literario hispano-americano. Se resumirían estas en la forma de admitir neologismos en la minería, pues, antes de admitir, habría que recurrir a

¹⁷ Recordemos que, durante un tiempo, se pensó que fue el autor del *Diccionario de las voces más usadas en minería* de 1848, aunque se ha podido demostrar que no fue así. En la Revista Minera (1866: 482), cuando se reproduce un artículo de de Prado, el editor afirma “en la actividad que desplegó toda su vida se ocupaba en la redacción de un diccionario de voces geográficas, geológicas y mineras, trabajo muy importante que tenía muy adelantado; pero que desgraciadamente ha dejado sin concluir”. A pesar de ello, Casiano de Prado fue un científico preocupado por la lengua y el léxico técnico, lo que le llevó a afirmar “la dificultad que ofrecía la falta de muchas voces facultativas en nuestra lengua, dificultad que cada uno salvó como pudo tomándolas, ya de otras ciencias o de las que se empleaban de antiguo en nuestros establecimientos mineros, ya admitiendo las de otras lenguas castellanizándolas cuando esto era posible. Confesamos que en esto no siempre se procedía con todo el acierto que fuera de desear y aun se adoptaron algunas voces que necesitábamos” (de Prado, 1863:3). Sabemos por Maffei (1877:253) sí estaba redactando un vocabulario: “Consta que por entonces escribió... un vocabulario que comprendía 65 artículos explicando las voces referentes a la preparación de los minerales en las minas de Linares, sacado del general de minería y metalurgia, que el mismo ingeniero fue formando en los departamentos que había recorrido. Se hace mención de estos MSS. de Prado en un informe de la Dirección General de minas, fecha 11 de julio de 1835, y es probable se conserve en algún archivo a excepción del diccionario, en el que continuó ocupándose toda su vida, logrando reunir un copioso caudal de voces que desgraciadamente quedó inédito”.

¹⁸ “La voz *mercurio*, por ejemplo, se tradujo por *mercurio*; y según el espíritu que guiaba a los químicos españoles, si los franceses hubiesen tenido razones para emplear la de *venus* en lugar de *cobre*, se colige que aquellos desecharían también esta última, y que solo la otra se luciría entre nosotros. Los franceses pudieron y debieron usar la voz *mercurio*... Pero en España no versaban los mismos inconvenientes, y debió decirse *azogue*... Pero luego he hecho algunos estudios en la gramática general y en la lengua; fui últimamente a perfeccionarme a Almadén en mi facultad, donde es y fue siempre *azogue* y solo *azogue* lo que los químicos y muchos pedantes llaman *mercurio*, voz que solo se conoce allí en las boticas...” (Prado, 1866: 484)

1. La lengua española, rica en palabras, en la que se hallan vocablos apropiados a las ciencias, pero anticuados y olvidados en los diccionarios y obras antiguas.
2. Los términos locales de los distritos y establecimientos españoles antiguos y de época reciente, donde se encuentran denominaciones exactas y expresivas.
3. Las voces técnicas de otras ciencias por analogía y las de los diversos artes y oficios.
4. Los términos provinciales que se usan en algunas de las antiguas divisiones territoriales, que son muy significativos y no se conocen en castellano. (Oriol, 1893: 475)

La minería, como actividad plurisecular y vinculada a los avances de la sociedad, por los metales y piedras preciosas y el uso medicinal primeramente, refleja los propios cambios que experimenta la lengua general. Si lo que no se nombra, no existe, desde la antigüedad se forjó una forma de denominar todo lo relacionado a la actividad minera, lo que ha repercutido en la creación de uno de los tecnolectos más antiguos, incluso, más que el de la liturgia, me atrevería a decir. Todo ello ha conformado un patrimonio intangible de una riqueza extraordinaria, que no había sido puesto de manifiesto hasta fechas recientes. Las palabras actúan como notarias de la sociedad y, en consecuencia, dejan constancia de la evolución de una actividad. Muchas de ellas fueron recogidas en diccionarios o vocabularios, otras no, y todas, en su conjunto, ofrecen uno de los compendios léxicos más ricos de la lengua española. En esas lides estamos y, aunque mucho se ha estudiado, como se trasluce de lo aquí expuesto, mucho queda por saber de todo aquello que atesora el filón del léxico y, como ha escrito reciente María Dueñas en *La Templanza*, esperamos contar con la suerte inicial del protagonista al que “la diosa fortuna de la geología fue aliándose con él y poniendo a su paso filones de suerte en las arrugas del terreno que pisó”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Álvarez de Miranda, P. 2008. En torno al Nuevo Diccionario de la Lengua Castellana (1846-1847) de Vicente Salvá. En: Echenique, M^a T. y J. Sánchez Méndez (eds.), *Actas del V Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española II*, Madrid, Gredos, 1875-1886.
- Boncinelli, E. 2006. *L'anima della tecnica*. Milano, Rizzoli.
- Chastagnaret, G. 2000. *L'Espagne, puissance minière dans l'Europe du XIX^e siècle*. Madrid, Casa de Velázquez, 2000.
- Colón, G. 1999. De arabismos interhispanos, *Travaux de Linguistique et de Philologie*, XXXVII, 131-139.
- Corominas, J. y Pascual, J. A. 1980-1991. *Diccionario crítico-etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos.

- De Prado, C. 1863. Sobre la adopción de voces nuevas en la geología, *Revista Minera*, 14, 3-9.
- De Prado, C. 1866. Sobre la introducción de voces nuevas en las ciencias, *Revista Minera*, 17, 483-486.
- Díez de Revenga Torres, P. y Puche Lorenzo, M. Á. 2011. Traducción oculta, traducción pública en la difusión de la minería (siglos XVIII y XIX), *Cuadernos de Filología Francesa*, 22, 49-67.
- Díez de Revenga Torres, P. y Puche Lorenzo, M. Á. 2012a. El científico ante el léxico de especialidad. Lorenzo Gómez Pardo y la minería, *Avances de lexicografía hispánica*, Tarragona, Universidad, 537-547.
- Díez de Revenga Torres, P. y Puche Lorenzo, M. Á. 2012b. Los repertorios lexicográficos españoles sobre minería, *Quaderns de Filologia. Estudis Lingüístics*, 17, 173-188.
- Hoz, J. de 2003. El léxico minero de Plinio y su posible origen hispano, *Paleohispánica*, 3, 73-100.
- Maffei, E. 1977 [1877]. *Centenario de la Escuela de Minas de España 1777-1787*, Madrid, Fundación ETSI Minas.
- Oriol, R. 1893. Nota relativa al estudio de la tecnología española. En *Congreso literario hispano-americano organizado por la Asociación de escritores y artistas españoles*. Madrid, Establecimiento tipográfico de Ricardo Fe, 469-478.
- Oroz, F. J. 1996. Sobre palabras prerromanas en escritores latinos. A propósito de una reciente edición del libro XXXIII de la *Historia Naturalis* de Plinio. En: F. Villar y J. D'Encarnaçao (eds.), *La Hispania prerromana*, Salamanca, Ediciones Universidad, 207-215.
- Puche Lorenzo, M. Á. 2008 a. Origen y evolución de los nombres de minerales, *Revista de Investigación Lingüística*, 11, 265-285.
- Puche Lorenzo, M. Á. 2008b. Introducción del léxico de la mineralogía en español. En: *El diccionario como puente entre las lenguas y culturas del mundo. Actas del II Congreso Internacional de Lexicografía Hispánica*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 771-777.
- Puche Lorenzo, M. Á. 2015. : ¿Dialectalismo y/o tecnicismo?: Una mirada al léxico especializado de la minería en el siglo XIX. *Etudes Romanes de Brno*, 36, 103-117.
- Puche Lorenzo, M. Á. 2016. Sobre el origen del léxico minero español. En *Estudios del léxico*, Madrid.
- Real Academia Española (2000): *Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española*. Madrid, Espasa. Edición en DVD.
- Sánchez González de Herrero, M^a N. 2007. *De las partes de la tierra y de diversas provincias. Las versiones castellanas del libro XV de De proprietatibus rerum*, Vigo, Editorial Academia del Hispanismo.
- Villar, F. 2000. *Indoeuropeos y no indoeuropeos en la Hispania prerromana*, Salamanca, Ediciones Universidad.